

**GOTTFRIED DE PURUCKER sobre
CÓMO ACERCARSE A LA VERDAD y CÓMO COMPARTIRLA**

[*El hombre en la Evolución*, pp. 3, 5-7, 10-11 (edición original de 1941)]

Hay una Verdad en el universo. ¿Cuál es esa Verdad? Es el universo mismo, o mejor dicho, la naturaleza del universo tal como se manifiesta en las operaciones de ese universo, que se expresa a sí mismo. Sus leyes son los cursos de acción de ese universo que se manifiestan en términos cósmicos; y una verdadera filosofía, una verdadera religión, una verdadera ciencia intenta interpretar esos elementos esenciales en formulaciones de pensamiento. El intelecto humano iluminado puede interpretar esas esencias porque nosotros, como descendientes del universo, tenemos en nosotros todas las facultades y poderes latentes que el universo tiene, expresándose en nosotros como nuestros propios poderes y facultades. Así pues, tenemos los órganos para comprender el universo, y esta comprensión nos llega al desplegar los velos envolventes de nuestra naturaleza.

(...)

Sin embargo, aunque la verdad proviene en última instancia del interior, podemos aprender mucho del fruto del pensamiento maduro de otra mente. Aunque sea una importación a nuestra mente y no sea el fruto de nuestra propia revelación interior, podemos aprender mucho de lo que los hombres grandes y buenos puedan decirnos si lo tomamos en nuestro interior y reflexionamos honestamente sobre ello y buscamos comprenderlo.

Un hombre viene a mí y me dice algo, y dice: “Esto es una verdad”. Yo debería decirle: “Lo examinaré; puede ser verdad, pero no es verdad para mí hasta que la haya comprobado someténdola a las pruebas de mi propia conciencia interna. Cuando la haya comprobado, entonces será verdadera para mí, pero voy a poner en juego todas las facultades que tengo dentro de mí: espiritual, intelectual, mental, psíquica, emocional, sí, y esas facultades menores en las que vivimos en ésta nuestra presente esfera de la materia, y que colectivamente forman lo que llamamos cerebromente: fantasía, instinto y razón común”. Entonces, si compruebo que la afirmación es cierta, estoy dispuesto a aceptarla, y la aceptaré, y le agradeceré que me haya aportado algo que antes no sabía.

¿Qué quería decir Pablo de los Cristianos cuando decía “comprobar todas las cosas y aferrarse a lo que es bueno”? ¿Quién es el juez del bien? ¿No es la facultad interna de juicio y entendimiento? ¿O es que vamos a tomar la palabra de alguien y comprobar todas las cosas que nos llegan por la palabra de ese alguien? Si es así, no hacemos más que comprobar una declaración dogmática con otra declaración dogmática, y esto lo rechazamos rotundamente.

Todo lo que se acepta desde el exterior, se toma por confianza o por fe, a menos que se tengan las facultades desarrolladas en uno mismo de juicio, discriminación, intuición y comprensión, siendo estas cuatro fundamentalmente una. ¿No está claro, pues, que la información que permite comprobar todas las cosas es el desarrollo del ojo interior, por así decirlo? ¿En qué otro lugar de la tierra, o en los cielos, o en las regiones bajo la tierra, podría encontrarse una piedra de toque tan infalible?

Por lo tanto, si quieren probar todas las cosas, háganlo de la manera que dijo Pablo de los Cristianos, y que han dicho todos los demás grandes filósofos y pensadores: Cultiven dentro de sí su facultad interna de comprensión; y eso puede hacerse mediante el pensamiento profundo, la meditación, la negativa a aceptar lo que dicen los demás, mediante el ejercicio de la fuerza de

voluntad en una determinación inflexible de resolver las cuestiones por uno mismo, cueste lo que cueste.

Tal ejercicio mental y espiritual desarrolla las facultades que hay en uno; o, para decirlo con más verdad, derriben las barreras que impiden que esas facultades se expresen; arranquen los velos de la cara del sol espiritual interior, cuyos rayos son esas cosas inexpresablemente bellas que hay en uno. Hagan esto y ejercítense en ello, y con la misma seguridad que el sol inunda la tierra de luz, alcanzarán lo que buscan, la facultad de probar todas las cosas conociéndolas como verdaderas o falsas. Esto está todo en una cáscara de nuez.

Hay una tremenda responsabilidad involucrada en la entrega de la verdad, o de lo que pretende ser verdad. Pocos hombres se dan cuenta del enorme poder de las ideas sobre el entendimiento. La propagación de las religiones, la fácil aceptación de los principios filosóficos, el crecimiento exuberante de las modas políticas, son todos ejemplos de la manera en que los hombres pueden ser barridos de sus anclajes intelectuales y morales de los principios por las ideas que asaltan sus mentes y abruma tanto la fuerza de voluntad como el sentido de responsabilidad moral. No es de ninguna manera una verdad, como todo hombre cuerdo sabe, que la ignorancia de un hecho de la naturaleza sólo produzca inevitablemente cosas buenas. Si es así, entonces, por usar una figura del lenguaje, un niño pequeño podría jugar sin peligro con la dinamita, un idiota podría entrar en un laboratorio químico y experimentar sin peligro con varios tipos de explosivos. La naturaleza es impersonal; como dice el viejo refrán, las lluvias del cielo caen por igual sobre justos e injustos; pero es en la mente y el corazón del hombre donde reside el sentido de la responsabilidad moral y la comprensión de lo que significa esa responsabilidad.

(...)

El teósofo, sin embargo, no simpatiza en absoluto con la idea de que el conocimiento deba mantenerse en secreto y limitarse a una clase particular de hombres, digamos a un sacerdocio particular de la ciencia, y que el público deba mantenerse en una verdadera ignorancia de las verdades del ser. El teósofo ha combatido esa idea desde la fundación de nuestra Sociedad en 1875. Pero no podéis recibir nada a menos que tengáis la facultad receptiva en vosotros mismos. Debéis haber cultivado un cierto poder de comprensión antes de poder entender; y así, mientras decimos que el conocimiento es sagrado y debe ser mantenido como tal y comunicado sólo a aquellos aptos y preparados para recibirlo, ello no significa que el conocimiento deba ser mantenido en manos de una cierta casta, para ser comunicado a los compañeros sólo a cuentagotas, cuando los poseedores de ese conocimiento consideren que tal comunicación es apropiada. Lo que pedimos son garantías de idoneidad, y cualquiera que posea esas garantías y las pruebe tiene, decimos, por ley y por idoneidad intrínseca, derecho a tener todo lo que podemos dar. Pero cualquier retención de conocimientos por meros motivos de egoísmo individual o de casta, afirmamos que es errónea e impropia.
